

LA PRUDENTE ABIGAÍL Y A LO QUE OBLIGA EL HONOR:
HONOR, PRUDENCIA, AMOR, CELOS Y MUERTE.
DOS COMEDIAS DE ANTONIO ENRÍQUEZ GÓMEZ (1600-1663)

NECHAMA KRAMER-HELLINX
York College, CUNY, New York

A lo largo de su carrera literaria, Antonio Enríquez Gómez criticaba la venganza como una pasión cruel, más propia de las fieras salvajes que de los seres humanos. Apoyaba la caridad y el perdón, y desistía del castigo definitivo con la muerte, sea por razones políticas o por motivos emocionales. Su filosofía en cuanto al honor, la venganza y la muerte, se puede resumir en un discurso del autor, en su *Siglo pitagórico*:

"Que si con la vida la honra había que blasonar de la duda, con la muerte no podrá alentar de la venganza... que más vale errar por piadoso que acertar por riguroso... No apruebo, amigo y señor, a sangre fría la muerte"¹.

La venganza y la matanza no resuelven nada, sólo desmienten las leyes divinas. Controlarse la pasión de la venganza proviene de la decisión consciente del individuo de ser bueno, de ser magnánimo de corazón y noble de conducta:

"Ser noble es ser piadoso, pero no cruel; ser noble es perdonar ofensas, no vengarse de ellas"(S,280).

Glen Dille señala que en todas las comedias de nuestro autor que él ha estudiado, hay una aversión notable al derramar sangre por venganza. Se destaca la tolerancia no sólo en cuestiones de honor matrimonial, sino también en situaciones de deslealtad al rey².

Como ya ha señalado Américo Castro, la preocupación con la actitud ante la

1. *El siglo pitagórico, Y Vida de D. Gregorio Guadaña* (Rouen: Lavrent Maury, 1644). Empleo aquí para mis citas la edición moderna de Charles AMIEL, *Antonio Enríquez Gómez: El siglo pitagórico y Vida de don Gregorio Guadaña* (Paris: Ediciones Hispanoamericanas, 1977), p.17.

2. "Extreme reluctance to shed blood of wrongdoers, much less exact bloody vengeance for honor's sake. Even the cases of treason against the crown are treated with admirable tolerance and forgiveness". Glen DILLE, "Antonio Enríquez Gómez's Honor Tragedy A lo que obliga el honor", *Bulletin of the Comediantes* 30 (Fall 1978), p.98.

honra en todos sus matices, es la problemática más trascendental en la ficción de los conversos, que proviene de los estatutos de sangre³. Distingue Castro entre honor y honra. Mientras el honor es un patrimonio interior del alma y parte íntegra del individuo, la honra viene de afuera, y es la opinión que se tiene de uno. Aunque la honra sea de menos valor que el honor, la sociedad reverencia y transforma el pundonor en idolatría. Como converso que, a los ojos de la sociedad, carecía de honra, Antonio Enríquez Gómez da mayor valor al concepto de honor, que emana de la nobleza interior del individuo.

En sus comedias, Antonio Enríquez Gómez mantiene esta actitud ante el honor y la venganza. Sus protagonistas tratan de resolver conflictos de honor con reflexiones y análisis psicológicos y perdonar desacuerdos con paciencia, sin reaccionar severamente por cualquier duda y sospecha. Al contrario de las tendencias literarias de su época, él desiste de resolver las ofensas al honor con la muerte.

La comedia *La prudente Abigail*, siguiendo lealmente al relato bíblico, desarrolla, simultáneamente, dos temas: La lealtad ante el monarca, y la prudente fidelidad matrimonial⁴. Tenemos dos protagonistas, el rey David y Abigail, que aunque maltratados por sus contrapartes, Saúl y Naval el canalla, en vez de reaccionar con venganza, obran prudentemente. La lealtad y la prudencia se destacan más, al estar yuxtapuestas a la bajeza moral de sus contrapartes. David, el rey favorito de los conversos, tiene dos veces la oportunidad de asesinar al rey Saúl, encontrándolo durmiendo en la cueva. A pesar de su consejero Rubén, prefiere perdonar al monarca y no acudir a derramar sangre por venganza:

yo, que venganza no tomo
de tu ingratitud soberbia,
retiro dócil el rostro
al destierro caluroso
de Engali (*Ab*,184).

Le aclara que podía darle muerte pero no quería teñir las manos con la sangre, ya que la matanza es de fieras y Saúl fue ungido por Dios:

No permita la venganza,
que yo, con intento loco:
profane el laurel divino,
ni que toquen mis enojos:
al untado del Señor (*Ab*,184).

3. "La casta cristiano vieja fundaba la razón de su supremacía en el hecho de poseer *sangre limpia*, no mancillada como la de los españoles de ascendencia hebrea, por remota que fuese". Américo CASTRO, *Hacia Cervantes*. 1957; reimp. Tercera ed. considerablemente renovada (Madrid: Taurus, 1967), p. 1.

4. Publicada en *Academias morales de las musas* (Bordeaux: Pedro de la Court, 1642), pp.180-22.

Cuando Rubén quiere pasarle al dormido Saúl la lanza por el pecho, David lo impide declarando:

Los reyes aunque durmiendo
estén, como son deidad,
nunca los ofende el sueño (Ab,214).

David se lleva consigo el recipiente de agua y la lanza de Saúl: Dos objetos simbólicos, uno, da vida, el otro, trae la muerte. La figura de Saúl no es de un monarca todopoderoso, sino de un rey bíblico, un ser humano, hecho de carne y hueso, capaz del yerro, contra quien ya advirtió el profeta Samuel, al querer Israel un rey que lo gobernara, para ser como todas las naciones⁵. Para David la institución de la Monarquía es tan frágil y fugitiva como todas las demás instituciones creadas por el hombre:

Tienes razón, la corona
aunque es de oro es de vidrio,
y fácilmente se parte
en el golpe del peligro (Ab,220).

Reclama David, que los monarcas no tienen el derecho de matar a sus súbditos ya que sólo Dios se encarga de la vida y de la muerte. Los llantos de los torturados llegarán al cielo pidiendo justicia, y Dios castigará a los asesinos que habían quitado la vida a otros (referencia obvia a la Inquisición):

Derramar sangre inocente:
es escribir sobre el polvo:
sentencia contra ti mismo:
pues el nácar, poco a poco,
irá subiendo a la Esfera,
del último capitolio:
y dará voces al Cielo,
pidiendo exaltados golfos,
de rayos: contra la mano
que formó de sangre arroyos (Ab,185).

Aconseja a Saúl sosegar su orgullo altivo, domar su ímpetu furioso y alejarse del odio. Hay que ostentar piedad y lealtad, ya que ellas traen la verdadera honra:

Piedad ostenta glorioso,

5. "Que haya sobre nosotros un rey, y así seremos como todos los pueblos; Nos juzgará nuestro rey, y saldrá al frente de nosotros para combatir nuestros combates" (Samuel,I,VIII,19-20.). Samuel que, a igual que Dios, se siente traicionado, le advierte al pueblo judío todas las maldades que un rey humano le puede causar: "Ved cómo os tratará el rey que reinará sobre vosotros: Tomará a vuestros hijos y los pondrá sobre sus carros... les hará labrar sus campos... Tomará a vuestras hijas... Tomará vuestros mejores campos viñas y olivares... Y aquel día clamaréis a causa del que vosotros elegisteis, pero entonces Yavé no os responderá" (Samuel,I,VIII,11-18).

lealtad publica con alma,
 y se vierte por los ojos:
 Celosías del honor,
 y luces del desahogo (*Ab*,185).

Abigaíl, la caritativa y prudente esposa del avaro Naval, le hace recordar que Dios mandó tratar con amor y caridad al ajeno, y controlarse la pasión de la avaricia, y la violencia:

La ira es odio mortal:
 y cuando tu fuego llama,
 para acabar vuestra fama;
 debéis bañar tu violencia;
 con el agua de prudencia,
 para que muera la llama (*Ab*,195).

Al declinar Naval sustento al ejército de David, éste acude a la venganza. Aquí interviene la prudencia de Abigail. Reconociendo la bajeza espiritual de su esposo, y las posibles consecuencias militares de la venganza de David, sale al camino con mucho sustento para los soldados. Los dos protagonistas David y Abigaíl se encuentran en el campo, se admiran con decoro la nobleza y la prudencia uno del otro y reconocen que es mejor domar la venganza y la ira y no derramar la sangre humana. Aconseja Abigaíl:

Oigan tus oídos,
 mis firmes palabras,
 mis razones nobles,
 y ternuras castas.
 Detén como noble,
 la sangrienta espada,
 de razón teñida,
 no de agravio armada (*Ab*,207).

Sigue más adelante:

Quien derrama sangre
 por liviana causa,
 fama dura adquiere,
 y sepulcros labra.
 Quien así se vence,
 tiene conquistada,
 para Dios y el mundo,
 la mayor hazaña (*Ab*,208).

Al haber domado la pasión de la venganza David señala su nobleza de alma. Abigaíl, ya que es una mujer honorable y prudente no quiere esconder sus hechos a su marido. Le cuenta los sustentos que ha entregado a David y a sus soldados. Tanto por

su odio a David como por su avaricia, Naval sufre un derrame cerebral, y muere. La resolución de la comedia es traer a los héroes en matrimonio, casando la prudencia femenina con la lealtad masculina, el rey David con la prudente Abigail.

Conociendo el desdén de Enríquez Gómez por la matanza, es de sorprender que la comedia *A lo que obliga el honor*, termina con la muerte de la esposa⁶. No obstante, al comparar el argumento con el de *El médico de su honra* (1635) de Calderón, nos salta a la vista, la actitud más noble y humana de Enríquez Gómez. Hay muchos paralelismos entre las dos comedias: hasta Amador de los Ríos creía que era Calderón el que se había aprovechado de la trama de Enríquez Gómez⁷. Menendez Pelayo, por el otro lado, con su disgusto por la *sangre judaica de Enríquez*, cree que "Enríquez Gómez es calderoniano en todo lo malo y en poco de lo bueno". Añade que *A lo que obliga el honor* tiene "servilismo con que pisa las huellas de" las comedias de honor de Calderón⁸.

Las dos comedias *A lo que obliga el honor* y *El médico de su honra* coinciden en algunos aspectos. Las dos tienen a Pedro el cruel o el justiciero como protagonista. En la de Enríquez Gómez, es el joven Pedro, hijo del monarca Alfonso XI de Castilla, que hace el papel del amante impetuoso. En la de Calderón, es el hermano bastardo de Pedro, Enrique, que hace el papel del amante, mientras Pedro ocupa el trono. En las dos tenemos una historia del honor conyugal, amenazado por la existencia de un amante ultrajado cuyo amor precede al matrimonio. La relación amorosa con el amante en las dos no lleva fruto de matrimonio por la diferencia de clase social entre los dos, y por falta de prudencia de parte de las protagonistas femeninas, en no declarar al rey sus amores, antes de prometer matrimonio a otro. Mientras no hay en ninguna, infidelidad conyugal, en las dos comedias hay una afrenta que puede traer calamidad al honor del esposo. Sin embargo, no en las semejanzas, sino en las diferencias yace el especial concepto que tiene Enríquez Gómez ante el honor.

He aquí el argumento: El rey Alfonso, queriendo premiar los servicios de su leal amigo, don Enrique de Saldaña, le ofrece la mano de la joven doña Elvira de

6. Publicada en *Academias morales de las musas* (Bordeaux: Pedro de la Court, 1642), pp. 75-11.

7. José AMADOR DE LOS RÍOS, *Estudios históricos políticos y literarios sobre los judíos de España* (Madrid: Imprenta de M. Díaz y Comp., 1948), pp. 595-596. "Nosotros creemos que no faltamos a la veneración que el nombre de Calderón exige, si asentamos que debió aprovecharse de la obra de Enríquez, al escribir las suyas".

8. Marcelino MENENDEZ Y PELAYO, *Historia de los Heterodoxos españoles*, vol. 3 (Madrid: Librería católica de San José, 1880-1881), p. 613. Tampoco la tiene gran estima Ramón de MESONERO ROMANOS, que la incluye en su *Dramáticos posteriores a Lope de Vega*, vol. 47 (Madrid: Biblioteca de autores españoles, 1951), xxxii-xxxiv. Vide también Henry BESSO, *Dramatic Literature of the Sephardic Jews of Amsterdam in the XVIIth and XVIIIth Centuries* (Nueva York: Hispanic Institute, 1947), pp. 64-6.

Liarte, sin saber de sus amores secretos con el príncipe don Pedro. Las bodas efectuadas sin amor, cambian los sentimientos entre los dos, y vemos desenvolverse y florecer un mutuo cariño y respeto entre los esposos. Don Pedro sigue persiguiendo a Elvira y se introduce en su casa. Don Enrique es testigo de la escena en que rechaza Elvira las súplicas amorosas de don Pedro, echa a éste de su casa, y toma su lugar en la oscuridad sólo para probar de nuevo la lealtad de Elvira, que amenaza a Pedro con ir al rey a pedir justicia. Contentos los esposos, se juran lealtad, uno al otro. Don Pedro al ser rechazado, manipula la pasión de los celos para despertar nuevamente el amor en el corazón de Elvira. Aparenta amor a doña María de Padilla, la antigua rival de Elvira. Este sentimiento feo de los celos, sí que despierta la envidia en Elvira, que va a la corte a discutir las circunstancias con don Pedro. Don Enrique es testigo del final de la conversación, y se da cuenta que el amor y los celos todavía arden en el alma de su esposa. Confiesa su dilema al rey, que le sugiere ir de caza a Sierra Morena, para que mientras tanto, el rey resuelva el conflicto, hablando a su hijo. Todavía hay esperanza de una resolución honorable, cuando en el campo de caza aparece Pedro, insistiendo en recuperar el amor de Elvira. Enrique espera remediar los apuros de su deshonra galantemente, y sin violencia, cuando halla, cayendo de la manga de la desmayada Elvira, una carta en que son manifiestos sus celos. Enrique reconoce que, aunque todavía fiel y honrada, dentro de poco su esposa caerá en la tentación por la fuerza de los celos. Ya no puede más. No es un protagonista calderoniano. No va a mancharse de sangre las manos. Guía a Elvira hacia los precipicios de la Sierra, asegurándole que no hay ningún peligro. El no la empuja, ni la asesina, sólo no le advierte de los peligros. La muerte no es premeditada, ni ejecutada por las propias manos del marido, sino causada por una circunstancia, que aunque prevista, era accidental. Muere Elvira, esposa leal, pero imprudente, teñida por los celos, y se queda Enrique sin perder su honra ni decoro, sin tener que lidiar con el hijo de su rey, el príncipe Pedro el cruel pero más que todo, melancólico y sin ganas de vivir.

Volved los ojos, mirad
 Apagado el mejor cielo,
 Sin luz el mayor planeta
 Eclipsados los luceros
 Sin esperanza el amor
 Ella sin alma y yo muerto (*H*,114).

Miremos, por el otro lado, a don Gutierre de Calderón, que había calculado y premeditado, a sangre fría, una muerte macabra a su esposa, Mencía, dejándola dessangrarse por dos horas, hasta que no le quedara ningún aliento de vida. Y con la muerte de Mencía, aceptó inmediatamente matrimonio con Leonor, a quien había ultrajado antes del matrimonio con Mencía. No hay melancolía, ni arrepentimiento. Antes estuvo aquí la esposa amada. Ahora está reemplazada por otra. A lo largo de

El médico de su honra hay un ambiente de desconfianza y sospechas de parte de todos: Mencía sospecha de su marido con Leonor, él sospecha de ella con Enrique, y el rey sospecha de su medio hermano de ultraje, como presagio del regicidio en el campo de Montiel. En *A lo que obliga el honor* el ambiente es de confianza y de ternura amorosa entre los esposos. El rey también es decente con Enrique, y sin recelos e intrigas políticas. Él tiene cariño paternal no sólo a su propio hijo, sino también a Enrique su leal amigo y a Elvira. Él mismo nota la tristeza de Enrique, y al saber la razón, trata de solucionar los conflictos del honor con discreción, reprendiendo a su hijo. Es un verdadero rey justiciero.

La confianza que Elvira tiene en el apoyo de su esposo, a pesar del escándalo de la visita nocturna de Pedro, es admirable en un teatro donde un susurro podría traer la muerte. Oímos las palabras de Elvira, describiendo la confianza entre ella y su marido:

Que aunque lo oiga mi esposo, es tan honrado
que sabiendo quien soy y lo que he sido
crédito me dará como entendido (H,100)

Los protagonistas tienen personalidad y libre albedrío, y no son meros juguetes del capricho del azar, con quienes juega el dramaturgo.

Preguntamos, si Enríquez Gómez despreciaba tanto la venganza por el problema del pundonor, por qué lo ha escogido para emplearlo en su teatro? La respuesta es muy pragmática. Un dramaturgo tiene que ver sus comedias estrenar delante del público coetáneo, que le paga la sobrevivencia, como ya lo ha declarado Lope de Vega en *El arte de hacer comedias*: "Los que el vulgar aplaudo pretendieron, / Porque como las paga el vulgo, es justo"⁹. También nos aclara Lope que los problemas del honor encantan al vulgo: "Los casos de la honra son mejores / Porque mueven con fuerza a toda gente"¹⁰. Efectivamente, la comedia carece el espíritu calderoniano de matanza prevista y calculada de la esposa.

El argumento de tres jornadas tiene muchas intrigas, entradas y salidas repentinas. Sin embargo, más que todo tiene un análisis profundo de los sentimientos humanos. A Enríquez Gómez le fascinaba la naturaleza humana, y desenvuelve en todas sus obras el tema de los frágiles rasgos humanos.

Ya del primer encuentro de los jóvenes enamorados, reconocemos los tres conflictos de la comedia: amor-obsesivo, celos y honor. Pedro, a pesar de ser cruel y severo, ya que se enamora, es fiel, firme y persistente en sus amores:

Que el amante verdadero
Es el que tiene valor,

9. Lope de VEGA CARPIO, *El arte nuevo de hacer comedias en este tiempo*. Ed. y estudio prel., Juana de José PRADES (Madrid: Clásicos Hispánicos, 1971), p.285.

10. *ibid.*, p.20.

Y tanto tiene de amor
 Cuanto tiene de severo.
 La razón es que no puede
 El animo atropellar,
 El afecto de amar.

La valentía al amor,
 Acredita su rigor
 Para procurar vivir.
 De modo que un alentado,
 Si llega a tener amor,
 Será más firme amador
 Que el más cuerdo enamorado (*H*, 79).

El espectador ya sabe que Pedro es persistente y obsesionado por el amor, y no va a rendirse nunca ni a dejar de perseguir a Elvira. Aún la rival María lo observa: "Que el amor si es verdadero, \ Es, como el alma, inmortal" (*H*,92).

El tema del honor también se anuncia aquí. Elvira declara a Pedro la obligación que él tiene a su decoro y honor, ya que el amor mal empleado y percibido, puede traer la ruina:

¿Qué esperanza le quedó
 Al amor para ser vuestra,
 Pues siéndolo sin honor,
 Será acierto del deseo,
 Pero de la sangre no?

Considerad mi nobleza,
 Y pues tan discreto sois,
 Reparad lo que merece
 Una mujer con honor (*H*,79).

El peligro al honor aquí aunque sea distinto de la amenaza a la honra conyugal, anuncia ya el conflicto de honor y decoro que se desenvuelve más tarde.

El tercer tema que aparece ya desde la primera escena es el de los celos que tiene Elvira al amor de María por Pedro. Ella misma declara estar consumida por esta pasión: "Es tan delicado en mí \ Este recelo de amor, \ Que le riño con la vista" (*H*,79). Pedro reconoce su aflicción, la consuela insistiendo en su firmeza y lealtad, pero al ser rechazado, manipula los celos de Elvira para recapturar su atención afectiva. La dolencia de los celos no consume a Elvira sólo, sino a Enrique también. Al comienzo, encontramos a Enrique, muy indiferente al amor femenino, sin sentir ni afección ni celos para ninguna mujer. Pero el matrimonio trae consigo sospechas, y los celos dañinos a su tranquilidad espiritual brotan en su alma.

Los tres temas, amor, honor y celos culminan en la escena final en Sierra Morena, con la muerte de la celosa Elvira, perseguida por el amor severo y persistente de Pedro, los celos a María, los celos de Enrique, y la pérdida de la honra. La solución definitiva del triple conflicto es la muerte de la esposa. Con todo, no hay aquí, violencia sangrienta y desalmada al modo calderoniano.

El presagio de la muerte inevitable corre a lo largo de la comedia, yuxtapuesto a las discusiones sobre el amor y la honra. Cuando Elvira anuncia a Pedro sus forzadas bodas a Enrique, declara:

Llevo gusto de morir,
Yo voy trazando mi entierro,
Vistiendo de luto en vida
Mis perdidos pensamientos.

—————
Que no hay mejor sepultura
Para una mujer de ingenio
Que un matrimonio forzado
Y un aborrecido dueño (H.,86).

Elvira reconoce que con la pérdida de la honra se pierde la vida y se lo advierte a Pedro: "Ya que me quitas la vida \ no pongas duelo en la honra" (H.,85). Lamenta estar viva ya que no puede gozar de la luz de su amor, sólo de la sombra: "Vuestro amor fue como el mío, \ Salió luz y murió sombra" (H.,85). Su corazón presiente una tragedia: "Que anuncia trágica historia."

La afrenta trágica al honor conyugal comienza con la visita nocturna de Pedro en la casa de Elvira. Ella no es cómplice y le resiste. Resiente la ofensa a su honor y declara el respeto y cariño que tiene a su marido:

Señor, tanto atrevimiento
Donde peligra el decoro,
Donde se arriesga la vida
Y se da el honor a logro,
Cuanto tiene de imprudente,
Se ostenta de escandaloso;
Mirad quien soy, y mirad
Que don Enrique, mi esposo,
Cuanto le dudé, le estimo,
Cuanto le ofendí, le adoro (H.,94)

La nobleza espiritual y la ternura entre los esposos es muy conmovedora. Elvira prueba su nobleza de alma al resistir la tentación de Pedro. Enrique, simultáneamente, señala su nobleza de espíritu al resistir la tentación de la venganza inmediata. Sabe que la ofensa se debe resolver con la muerte, pero prefiere eliminarla con la discreción. No se debe vengar si hay duda:

Quando se llega a dudar
 En un recelo de honor,
 La prudencia es el valor,
 Y la cordura el callar (*H,95*).

Prefiere la solución pacífica y civil, aunque le agravie emocionalmente. Pide explicación a Pedro de su presencia escondida en su casa. Este le miente con el pretexto de haber traído una carta para Enrique. Enrique reconoce la mentira y sospecha la intención, pero prefiere vivir con la duda que no ofender con la venganza:

Pretender alborotar
 Con los celos el honor,
 No es cordura, no es valor,
 Oh quien no hubiera nacido,
 Para no ver ofendido
 El sagrado de su honor! (*H,97*).

Enrique no quiere contaminar con sangre su conciencia, y prefiere solucionar todo con prudencia y paciencia. Se regocija al probarse a sí mismo la inocencia y la firmeza de su Elvira:

No se oponen los errores
 Los olvidos, las tinieblas
 A tanta luz invencible,
 A tanta pura inocencia (*H,101*).

Ardiendo de celos, Elvira con el pretexto de quejarse de la visita nocturna a su casa, viene a hablar al príncipe. Le reclama el haber intentado quitarle el honor, y le advierte que ofender con celos a un marido, es arriesgar con la muerte a la mujer:

Porque dar celos a un hombre,
 Es ponerle a la mujer
 Una muerte de por vida" (*H,104*).

Ruega a Pedro en el nombre del amor que se hayan tenido, el dejarla en paz. Aunque declare con llantos que prefiere la muerte a la deshonor de su marido, se notan sus celos del nuevo amor que Pedro tiene a María:

Bastará matarme yo,
 Pues fácilmente podré;
 Y entonces os doy licencia
 Que el corazón me saquéis,
 Adonde hallaréis escrito
 Que el amor que os tuve fue
 Salamandria que en el fuego
 Del honor pudo tener,
 Si no llama, algún calor,
 Si no ardor, algún tropel

De cenizas abrazadas,
 Que entre celoso desdén
 Dicen a voces, notando
 De mi honor el rosicler
 "Arded, corazón, arded,
 Que yo no os puedo valer" (H.,105-106).

Enrique oye esta declaración y la respuesta de Pedro que declara: "César o nada; que así \ He de morir o de vencer". El amor severo quiere vencer al honor conyugal, sea lo que fuera la consecuencia. Enrique entiende que Elvira ya está para caer en la tentación, pero en vez de vengarse de ella, lo quiere impedir. El orgullo masculino, el concepto de la honra es algo creado por la sociedad. El cariño a su esposa es algo personal y completamente suyo. Vale la pena, ignorar las exigencias sociales y salvar su matrimonio. Acude a la justicia, personificada en la figura del rey. Pide satisfacción a su agravio. La muerte no soluciona nada. No recupera la nobleza ni restaura la opinión. La única solución civil para salvar la quietud y el honor de su familia es detener a Pedro. Se queja al rey:

Cuando mi honor fue cayendo,
 Cielos, quitádme la vida
 O remediad mi dolor;
 Que quien vive sin honor,
 Siempre la tuvo perdida;
 Y mi fama está ofendida (H.,108).

La matanza es para esconder la deshonor, no para salvar y restaurar el honor. Con la venganza inmediata no va a mantener a su familia, sólo a desafiar a Dios y su predominio sobre la vida. Don Enrique es efectivamente, el personaje más noble de la comedia ya que resiste la venganza a su honor varias veces.

Con tristeza lo seguimos, notando que a pesar de su albedrío, las circunstancias de su deshonor no dependen de él, y crecen, cada vez más, por las decisiones imprudentes de Elvira y por la impertinencia del príncipe impetuoso. Este anuncia su declaración de guerra, al apreder en el campo de caza, o sea de batalla :

Don Pedro el Cruel me llaman,
 Soy príncipe, tengo amor;
 Y si Enrique es noble
 Primero he nacido yo (H.,110).

Al encontrar la carta de Elvira en su manga, durante la caza, se da cuenta sin ninguna duda de los celos que ésta le tiene a María y entre líneas la afección por Pedro que todavía le domina. Lamenta Enrique la fuerza imponente de la pasión de los celos que ha derribado el alcázar más firme, Elvira, y ha manchado su pureza: "que quita al honor la vida \ Y da la muerte al decoro" (H.,112). A pesar de denunciar la venganza y la muerte, como propios de las bestias, Antonio Enríquez Gómez, se halla

forzado a acudir a lo que le obliga el honor a don Enrique de Saldaña:

Salgan, salgan, los suspiros
Del espíritu, y en hombros
De la cólera, se vuelvan
Rayos tan escandalosos,
Que lo profundo del daño,
Y lo secreto del ocio,
Tiemblen, duden, conociendo
Los efectos del enojo.
Muera, Muera, este prodigio
De belleza, y desde el globo
De la hermosura soberbia;
De la vanidad del folio,
Baje, baje, deshaciendo
El aire caliginoso:
Con tal fuerza, que la fama
Con intrépido alboroto
Diga, pregone, publique,
(Por su círculo redondo)
A lo que obliga el honor,
En un noble poderoso (*H*,112).